

# NOTICIA DE LIBROS

DESMOND YOUNG: *Rommel*. Londres, 1950; 288 págs.

Un libro interesante, y más que interesante, muy curioso. Se trata de la biografía del mariscal Rommel, hecha por un inglés.

En plenas operaciones africanas, cuando el péndulo oscilaba hacia El Cairo, de una parte, y hacia Túnez luego, ya era grande la admiración causada por el jefe del Afrika Korps, que maltrata a Wavell e integraba una amenaza seria para el porvenir de los ingleses en Egipto y en el Oriente Próximo. Los periodistas británicos hablaban siempre del enemigo mariscal, y sobre el frente llegó a temerse tanto a Rommel que el jefe del VIII Ejército distribuyó una orden a sus tropas en la que les decía, en pocas palabras, que el león no era tan fiero como las crónicas lo hacían y que era indispensable no hablar ya más de Rommel, sino del enemigo en general o de las unidades alemanas que se oponían al avance.

Y en estas condiciones aparece la obra de Desmond Young.

Se trata de un brigadier inglés que se batió directamente en Libia contra las fuerzas que mandaba Rommel. Fué de los que admiraron a tal excelso jefe en el desierto y casi pudo considerarse como una de sus víctimas. Su interés fué grande por su enemigo, y cuando acabó la guerra decidió estudiar a fondo la historia del mariscal y examinar las fuentes de la leyenda que lo situó a tal colosal altura.

Emprende su trabajo recordando a Rommel en la primera guerra. Da una idea de las vicisitudes que sufrió entre los dos grandes conflictos. Y se detiene ligeramente sobre las noticias que reúne referentes a la impresión que tuvo Rommel del partido nazi y el apartamiento de él en que trató de mantenerse. Explica luego de qué modo empezó la lucha y cómo Rommel comenzó a tener contacto con el canciller del Tercer Reich, y, en fin, de qué manera y cómo a causa de ese buen contacto llegó a mandar la división fantasma, y a

dar el empujón que dió a través de Libia, y a llegar hasta las puertas de Alejandría, y a hacerse célebre en el mundo.

Concluida la narración de los grandes éxitos que obtuvo Rommel y de su derrota por las fuerzas de Montgomery, pasa el autor a examinar su intervención en la defensa de Normandía, a la que llega Rommel después de haber establecido los contactos necesarios para lograr que Hitler no siguiera en el Poder. Analiza la situación del hombre que se halla convencido de que Alemania va a sufrir una derrota y no ha podido hacerlo ver a su alto jefe. Estudia la posición del general que quiere mantener a todo trance el admirable espíritu de su ejército, si bien entendiéndose que todo esfuerzo será estéril. Complica su argumento con una serie de razonamientos que no caben en tan brevísima reseña. Quiere obtener muy serias deducciones sobre lo que piensa un ser humano cuando se halla entre la espada y la pared, o sea en el momento en que razona velozmente y en que sus propias reacciones psicológicas se anulan.

En fin, el brigadier Young dedica un último capítulo a la trágica muerte del mariscal, tratando a dicho efecto de reconstituir los últimos días de su vida con gran lujo de detalles y de estudiar la influencia que ejerció sobre los suyos o la que éstos ejercieron sobre su destino. Y lo liga todo en beneficio de una idea.

Acaso logre Young con su interesante *Rommel* hacer ver a las futuras generaciones de alemanes que no son sus cualidades de soldado lo que odian los británicos, sino el abuso que de ellas hacen sus grandes condotieros. Así se expresa el Field Marshall Sir Claude Auchinleck, que conoció a Rommel de cerca y puso un prólogo al trabajo presentado en estas líneas.

Seguramente estará ya preparada una edición hispana de este libro. Confío únicamente en que esté bien traducido.—C. MARTÍNEZ DE CAMPOS.

ALEJANDRO HERRERO RUBIO: *Internacionalistas españoles del siglo XVIII. Don Joseph de Olmeda y León*. Prólogo del doctor Camilo Barcia Trelles. Valladolid, 1949.

Uno de los abstráculos mayores que se oponen a cualquier intento, individual o colectivo, de acometer una historia del pensamiento jurídico y político español es la falta de una labor monográfica previa que desbroce el camino y prepare las síntesis de conjunto. Cometido de las tesis doctorales debiera precisamente, como en otros países, ir estudiando aspectos y figuras carentes todavía de una debida consideración. Sin embargo, es de lamentar que demasiadas veces los bríos juveniles de los doctorandos españoles se desvíen de esta tarea de auténtica y fructífera investigación para orientarse hacia temas doctrinales más ambiciosos, aunque menos adecuados a la índole de una tesis. Y han sido no pocas veces estudiosos extranjeros los que han asumido la por nosotros descuidada obligación. Por eso son de aplaudir libros como el que reseñamos, dedicados de lleno a dicha labor previa de *mise au point* monográfica de nuestro pasado intelectual. La circunstancia de que el resultado de tal labor, en determinados casos —y el de Olmeda y León es uno de ellos—, no parezca guardar relación con el esfuerzo desplegado, no hace menos perentoria su necesidad. Si antes de una investigación de este tipo cabían dudas acerca de la importancia o la significación de una obra o de una época, después sabemos a qué atenernos.

Entre las lagunas de la investigación monográfica de nuestro pensamiento jurídico y político desde la relativa al siglo XVIII. Si el hecho es explicable, por ser aquella época menos brillante y fecunda que el Siglo de Oro que la precedió, hará bien, sin embargo, la investigación española en subsanar tamaña falta de interés, aunque sea para comprobar y registrar un doloroso descenso, como ocurre en el ámbito del derecho de gentes.

Este descenso es manifiesto, y ni la mejor voluntad del historiador benévolo puede salvar las distancias. Si en la centuria anterior el pensamiento español se expandía por Europa, ahora hay que acudir a traducciones para ir tirando: Vattel y Heinecio, entre otros, suministran, gracias a Olmeda y León y a Marín y Mendoza, la base de la con-

sulta imprescindible. Así pudo darse el caso de que en la patria de Vitoria el cultivo del derecho de gentes en el siglo XVIII apareciera, según certera expresión del profesor Herrero, como una moda importada por gentes de tendencia extranjerizante (pág. 20). Con razón habla el actor de «una recepción del derecho internacional en la España dieciochesca» (pág. 24).

De todos modos, Olmeda, al traducir la obra de Vattel, salva aquellos aspectos doctrinales opuestos a la ortodoxia o que políticamente le parecían peligrosos. Actitud simpática que, juntamente con cierta libertad en la sistemática, le coloca por encima del papel de mero traductor, constituyendo un precedente de responsabilidad intelectual, cuya significación es evidente en un país como el nuestro, en que la falta de manuales ha impuesto una y otra vez desde entonces la versión a nuestra lengua de obras que no unían siempre a una trabazón mental y una utilidad informativa indiscutibles una base filosófica satisfactoria.

El libro de Alejandro Herrero Rubio ofrece todo lo que podía desearse para conocer y valorar la obra de Olmeda y León en la historia de la literatura iusinternacionalista española. Con una gran claridad expositiva, apoyada en paciente lectura y meticulosa documentación, evoca el profesor de Valladolid la vida de Olmeda, debidamente situada en el marco de la época, y analiza sus *Elementos de derecho público de la paz y de la guerra* (1771), con referencia constante a la obra de Vattel, que Olmeda tuvo ante sus ojos al escribirlos. De este paralelo resultan, como ya hemos señalado, diferencias de doctrina y de sistemática que denotan en nuestro tratadista una no despreciable independencia de criterio. Uno de los felices aciertos del autor ha sido reducir a sus justos límites el alcance de la labor de Olmeda, sin ese afán apologetico de exagerar las cosas y reparar supuestos injustos olvidos, que a veces merma el valor científico de tales estudios. El libro de Herrero es, en este aspecto, modelo de ponderación intelectual, al servicio de una ya bien probada vocación universitaria.—A. TRUVOL Y SERRA.

MIGUEL FIGUEROA ROMÁN: *Planificación y Sociografía*. Instituto de Sociografía del Colegio Libre de Estudios Superiores. Tucumán. 201 págs.

Comienza por decirnos el autor que la gravedad de los problemas sociales que preocupan al mundo en la hora actual han atraído la atención general sobre dos disciplinas, con cuya colaboración se cuenta para solucionarlos: la planificación y la sociografía.

La planificación ha venido acompañando a la acción política desde siempre, y no es otra cosa que «la ordenación social con investigación de causas y previsión de resultados». Se confunde harto frecuentemente con el intervencionismo del Estado y con la labor de los estadistas, pero el autor insiste en que este término debe reservarse tan sólo y exclusivamente para los casos de planes trazados —como ya se ha indicado—, con investigación de causas y previsión de resultados.

Acaso el problema central del siglo sea de «organización social», y de ahí que se considere la planificación como indispensable e íntimamente ligada a la Sociología, por la visión integral que ésta tiene de los fenómenos sociales y su papel coordinador de todas las técnicas.

Después de un breve examen de los antecedentes históricos, el autor pasa a analizar los problemas esenciales de la planificación, en el campo económico especialmente, señalando —con Gardnir— cinco problemas-clave, comunes a todas las economías modernas:

- 1.º Organización de la dirección de la industria.
- 2.º Equilibrio del ahorro con la demanda de nuevos capitales.
- 3.º Ajuste de las reacciones económicas internacionales.
- 4.º Capacitar a los que no producen para consumir; seguridad social.
- 5.º Proporcionar la cantidad de moneda justamente necesaria para el intercambio.

¿Quién debe llevar a cabo la planificación? Es labor de equipos de técnicos, coordinados por un organismo central. Como consecuencia inmediata tenemos que la tarea primera a realizar es la formación de estos técnicos «planificadores», por así decirlo.

Si prestamos atención al mecanismo de la planificación, veremos que en él actúan dos corrientes opuestas que se

complementan: una, que va del centro a la periferia, fijando los objetivos comunes primero, coordinando los planes parciales y determinando los detalles de su realización después. Otra que va recogiendo y sintetizando las investigaciones referentes a los problemas locales, para llevar a los organismos centrales —junto con el conocimiento completo de la realidad— las aspiraciones y anhelos de los diversos factores de la planificación, a que habrá de aplicarse el plan común. Sin el equilibrio de estas dos corrientes es poco menos que imposible llevar a cabo la planificación.

Siguiendo a Galloway, distingue cinco etapas en el proceso de planificación:

- 1.ª Determinación de objetivos.
- 2.ª Investigación (conocimiento y comprensión de los problemas).
- 3.ª Búsqueda de soluciones.
- 4.ª Acción directiva.
- 5.ª Estudio detallado de la forma de llevar a la práctica la solución elegida.

A continuación se hace un análisis comparativo de la planificación comunista rusa, nazi alemana y democrática de los Estados Unidos, y llegamos a la conclusión de que la planificación es en sí neutral, que no hay que confundirla con el totalitarismo y que no basta con las planificaciones nacionales, sino que es preciso llegar a una planificación de carácter internacional.

Alude incidentalmente al intervencionismo, del que se muestra partidario, si bien con ciertas condiciones; así, por ejemplo, la del sometimiento y fiscalización democrática.

La segunda parte de la obra está dedicada a la Sociografía, de la que se hace una clara delimitación dentro de la Sociología, en términos que recuerdan a R. Heberle, ya que la define como una disciplina sociológica cuyo objeto no es la vida social en sí, sino la vida social actual de los grupos concretos en convivencia real. Según esto, la necesidad del conocimiento de la realidad social es primordial y sin ella imposible de todo punto la intervención estatal en la esfera social.

Analizados y estudiados los dos términos: planificación y sociografía, se trata de ver las relaciones entre ellos. ¿Qué se entiende por planificación so-

cial? ¿Qué problemas le son inherentes? ¿Cuáles son sus objetivos esenciales? ¿Qué remedios puede ofrecer? A todos estos interrogantes contesta el autor con claridad y sencillez, por lo que podemos afirmar que el contenido de este libro puede colaborar eficazmente en la tarea divulgadora —meramente divulgadora— de los temas que trata, temas, por otro lado, de gran actualidad e interés, no sólo para los especia-

listas, sino también para el hombre medio que, al manejar estos vocablos con cierta frecuencia, tiene curiosidad por obtener una información precisa y suficiente sobre su significado.

Acaso los dos capítulos mejor conseguidos sean el dedicado a la realidad latino-americana —posiblemente porque le atañe más directamente al autor— y el que se ocupa de la planificación democrática.—I. R. M.

FITZROY MACLEAN: *Eastern approaches*. Jonathan Cape, London; 543 págs.

Este libro es el relato que su autor, Fitzroy MacLean, joven diplomático británico y miembro de la Cámara de los Comunes, hace de sus experiencias durante los años de 1936 a 1946. El autor se encuentra agregado a la Embajada de París en los turbios días de entreguerra, cuando los escenarios francés y europeo corrían parejas en agitación y Europa entera dirigía miradas ansiosas hacia el Este, donde Rusia parecía poseer la respuesta a tantos interrogantes. Para cualquier europeo era de interés vital en aquellos momentos conocer lo que la Unión Soviética planeaba, cuáles eran sus objetivos y su potencia y qué papel jugaría en la conflagración universal que parecía inevitable. Dentro de este orden de cosas y con una profunda preocupación política, el autor piensa que sin un conocimiento de primera mano de la U. R. S. S. y de su sistema político, cualquier visión de la situación universal sería incompleta. Atraído por el misterio del Este, Fitzroy MacLean se dirige un día del mes de febrero de 1947 hacia Moscú, a cuya Cancillería ha pedido ser trasladado.

La narración de su estancia en la capital soviética y de sus viajes a través de Siberia y del Cáucaso para penetrar en el Asia central y recorrer las zonas prohibidas de Tazkent, Samarcanda y Bokhara, que ejercen en él una poderosa fuerza de atracción, constituye la primera parte del libro. Dentro de ella destaca el relato del juicio y condena en 1948 contra Bukhari y otros veinte altos funcionarios del Gobierno y partidos soviéticos, acusados de espionaje, sabotaje y alta traición, y son asimismo interesantes el estudio que el autor hace de las ciudades que recorre, su proceso

de sovietaización y la opinión que a través de numerosos contactos forma sobre la psicología soviética.

En la segunda parte de su narración, Fitzroy MacLean refiere cómo apenas comenzada la guerra decide abandonar su puesto en el Foreign Office y alistarse en el ejército. Es elegido diputado por Lancaster, pero olvida temporalmente la política para agregarse al Servicio Especial Aéreo, con destino en el Este Medio, único teatro de guerra activo en aquel momento. Aquí describe con detalle el trabajo de su unidad en esta zona y las penosas etapas a través del desierto abierto, esquivando la atención del enemigo, hasta llegar a Benghazi, donde tiene lugar su primera puesta en acción con una arriesgada incursión de reconocimiento de la plaza a través de las líneas enemigas. Desde Africa el autor se traslada a Persia, escenario no menos interesante para sus actividades, por ser la puerta para la India y la fuente de importantes refuerzos para los alemanes. Bajo las órdenes del general Wilson, comandante en jefe del Cuartel general de Persia e Iraq, realiza un cuidadoso reconocimiento del área en que los aliados deberían operar si el territorio caía en manos de los enemigos, y más tarde marcha al sur del país para apaciguar las tribus de los guashgai y bakhtiari, cuyo descontento, provocado por agentes alemanes, estaba a punto de convertirse en franca rebelión. En Isbahan lleva a cabo el secuestro de un cierto general Zahidi, comandante de las fuerzas persas en aquel área, que planeaba, en contacto con agentes germanos, un levantamiento contra las tropas aliadas de ocupación.

La tercera parte del libro transcurre-

en Yugoslavia. MacLean es elegido representante personal de Churchill para establecer contacto con las bandas armadas que con el nombre de partisanos y bajo el mando del mariscal Tito habían organizado un heroico movimiento de resistencia, a base de guerrillas, al avance germano en Rusia. Junto con unos cuantos oficiales, el autor desciende en paracaídas sobre un valle de las montañas de Bosnia y rápidamente se entrevista con Tito para decidir sobre una intensa ayuda aliada, discutir los respectivos puntos de vista políticos y el movimiento de resistencia formado por los coetniks alrededor de un núcleo de oficiales del Real Ejército yugoslavo, bajo la dirección del coronel Draza Mihajlovich. La pequeña misión británica a las órdenes de MacLean permanece en el país organizando suministros aliados y planeando operaciones contra el enemigo. La liberación de Yugoslavia encuentra al autor actuando como

representante británico en Belgrado, donde toma parte activa en las negociaciones que, mediante un acuerdo entre Tito y el real Gobierno yugoslavo, condujeron a la formación de un Gobierno unido, reconocido por los aliados, en el país.

La lectura de *Eastern approaches* es en todo momento interesante. Fitzroy MacLean nos cuenta sus experiencias en un libro que al mismo tiempo que proyecta una autorizada luz sobre determinados sucesos de reciente historia, poco conocidos, posee un atractivo sabor de aventura y está escrito en el mejor estilo gráfico, no falto de humor cuando la ocasión lo requiere. Constituye una valiosa información sobre el Este y se lee con gusto apasionado, tanto por quien esté atento al fenómeno político como por quien sólo busque satisfacer una curiosidad puramente geográfica e histórica.—MARGARITA SÁENZ Y FERNÁNDEZ DE TORO.

MARCEL H. REINHARD: *Histoire de la population mondiale de 1700 a 1948*. Editions Domat Montcherestien. París, 1949; 796 págs.

Una de las mayores paradojas de las ciencias que se ocupan del hombre y la sociedad es la del poco interés que se suele poner en el análisis de las leyes que rigen el desarrollo de la población. Se pensaba que el equilibrio demográfico era, en cierto modo, automático, y se consideraba a las estadísticas demográficas como más administrativas que científicas. Causas eran el no haberse sistematizado aún los materiales acumulados, y el hecho de que la Historia, la Sociología, la Economía y demás disciplinas científicas relacionadas con la estadística utilizaban sus datos sueltos. La demografía había comenzado por ser solamente un conocimiento matemático basado en la estadística, luego por razón de su objeto tendió a tomar un carácter biológico, y sólo en época muy reciente comenzó a tomar un aspecto económico, social y cultural. Así, durante mucho tiempo los estudios sobre el desarrollo de la población eran solamente cuantitativos.

Ahora se está convirtiendo la demografía en una ciencia de la población, con el nombre de demografía cualitativa porque tiene en cuenta todos los

factores raciales, religiosos, educativos, profesionales, laborales, políticos, etc. Esta nueva ciencia reciente es una rama complementaria de la Historia general, porque coloca y encaja dentro de los cuadros históricos un mundo de hechos esenciales que estaban desperdigados.

Marcel H. Reinhard, profesor en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París, ha resumido por vez primera en un extenso manual las líneas generales de la nueva rama científica, explicando sus caracteres originales y sus métodos. A ese objeto esencial del trabajo se añade el deseo de apoyarlo en una extensa documentación que incluye los datos posteriores a la segunda guerra mundial. Ha utilizado a la vez las fuentes procedentes de las escuelas demográficas principales, francesa, alemana y norteamericana.

Respecto a la técnica de la demografía cualitativa, se destacan principalmente las fuentes de información y los distintos modos de agrupar los materiales. Entre las primeras: los censos regulares hechos en fechas fijas para todos los habitantes, los registros de los juzgados, los archivos fiscales de im-

puestos, las relaciones de cartillas de abastecimiento, etc. Entre los segundos están: 1.º Por familias (sexo, estados matrimoniales, número de hijos, etc.). 2.º Por grupos económicos (según las profesiones y modos de producción). 3.º Por proporción de núcleos urbanos y rurales. 4.º Por densidad (absoluta, por kilómetro cuadrado, y relativa distinguiendo entre zonas pobladas y desiertas). 5.º Por edades y generaciones. Hay también un tercer modo de estimación, según tantos por ciento de natalidad, mortalidad, nupcialidad, fecundidad, etc., relacionadas con los estados económicos y sociales.

Respecto al crecimiento general de la población se hace notar que comenzó en el siglo XVIII, a la vez que se inició la primera demografía cuantitativa. Era la época en que el mundo tenía 600 millones de habitantes con crecimiento lentísimo desde la Edad Antigua. Cambiaron luego de pronto las leyes antes

fixas de nacimientos y defunciones, llegando hasta los 2.200 millones en el mundo actual. Recordándose que las causas estimulantes han sido los adelantos de la medicina e higiene; la explotación de las tierras vírgenes; las mejoras técnicas agrícolas; la disminución del trabajo forzado y del trabajo infantil; el estímulo de mezclas raciales y emigraciones, con lo cual se vivifican las sangres; el fin del aislamiento entre continentes y culturas; los saneamientos de zonas pantanosas y tropicales, e incluso cambios religiosos como en la India brahmánica, donde hoy se casan las viudas, o en Mongolia, donde desaparece el celibato lamaista.

Todo el citado proceso de crecimiento se detalla luego en esta obra por países, dando importancia especial a los resultados de las colonizaciones y terminando con el análisis de los efectos producidos en la demografía por las dos guerras mundiales.—R. G. B.

THEODOR GEIGER: *Den Danske Intelligens fra Reformationen til Nutiden*, t. XXI, número 1 de las *Acta Jutlandica*, publicadas por la Universidad de Aarhus, 1949.

El famoso sociólogo danés acaba de publicar en los Anuarios de la Universidad Aarhus un estudio sobre la estructura sociológica de la cultura danesa, que merece especial atención por el método empleado por Geiger para trazar un cuadro sinóptico de la aportación de las diferentes clases sociales a la «inteligencia» danesa desde los tiempos de la Reforma hasta la actualidad, es decir, los últimos cuatro siglos. El concepto de la «inteligencia» se refiere, según la definición del autor, a «todas aquellas personas que han contribuido a formar la sustancia cultural de la nación», estableciendo para su selección una diferenciación cualitativa dentro de cada profesión que entra en este concepto, con el fin de discernir la «élite cultural» perteneciente a los once grupos siguientes: Arte, Música, Teatro, Literatura, Humanidades y Teología, Ciencia, Técnica, Comercio, Política y Movimientos sociales, Administración del Estado, Educación popular. Dichos grupos son examinados por períodos cronológicos de veinticinco años en lo referente al lugar de nacimiento de los individuos se-

leccionados (Copenhague, capitales de provincias, campo y extranjero) y al origen social (clase baja, media y alta, subdividida según la profesión rural o urbana de la familia), considerando aparte a los descendientes de miembros de la élite cultura anterior y distinguiendo, finalmente, entre la aportación de los dos sexos.

El material en que se basa el presente estudio ha sido suministrado exclusivamente por los veintisiete volúmenes de la Enciclopedia Biográfica Danesa (*Dansk Biografisk Lexikon*, Copenhague, 1933-34), habiéndose seleccionado un total de 8.787 individuos, considerados como componentes de la élite cultural. Se proyecta la ampliación de estos datos a base de las 38 ediciones del Diccionario Biográfico Danés, publicación análoga al *Manual inglés Who is Who?* (1910-1947).

Los resultados obtenidos por Geiger coinciden en grandes rasgos con las tendencias sucesivas de la historia de la cultura danesa, lo cual confirma la validez del método empleado en esta investigación estadística. Únicamente en lo que concierne al volumen total de

la «inteligencia», que aumenta en evidente desproporción con el crecimiento de la población, el autor hace constar la relatividad de los datos interpretados, debida al «desvanecimiento progresivo de la fama», por cuyo motivo resulta incompleto el panorama cultural de los primeros períodos tratados, ya que el gran número de políticos y estadistas cuyos nombres han pasado a la posteridad no guarda la proporción objetivamente exacta con las demás profesiones de que se compone el conjunto correspondiente de la «inteligencia», superior, por consiguiente, al con-

signado. Conviene señalar, sin embargo, que dicha deficiencia no afecta en absoluto al método científico de la escuela de Geiger, sino que es únicamente circunstancial y condicionado por la carencia de datos completos.

El estudio va acompañado de numerosos cuadros gráficos y numéricos que facilitan extraordinariamente la comprensión aun para aquellos lectores no conocedores del idioma danés, que pueden guiarse, además, por la traducción inglesa de los principales términos técnicos y títulos de los diferentes resúmenes gráficos.—G. P.

CARMEN LLORCA VILAPLANA: *Europa, ¿en decadencia?* Prólogo de Laín Entralgo. Editorial Prensa Española. Madrid, 1949; 127 págs.

Bajo un título un tanto ambicioso nos presenta este librito unos ensayos escritos por una pluma femenina, es decir, exquisita. Su joven autora no quiere resignarse a la idea de que Europa está en decadencia. Por la línea de este agradable optimismo se llega a la conclusión de que la salvación ante el peligro —el peligro existe— está en los mismos europeos, en que comprendan que ha llegado el momento de actuar como europeos.

La esencia de Europa reside en su diversidad; sin embargo, precisamente en esta nota puede encerrarse su propia destrucción. La hora grave de hoy —seguimos a la autora— exige, pues, superar esa limitación, negarla y afirmar así a Europa misma. Ha sonado la hora de Europa como continente: los Estados Unidos de Europa pueden y deben ser una realidad. He aquí la idea, y «téngase en cuenta que una idea puede salvar una situación».

Para llegar a esta conclusión examina la autora con cierta superficialidad no desprovista de gracia la historia de Europa, su historia como una sucesión de hegemonías de sus pueblos más representativos, «estos pueblos que por encima de lo nacional tenían un profundo sentido de Europa». A cada nación —España, Francia, Inglaterra— les ha correspondido su turno cuando ha sido necesario aportar a la Historia lo que constituye la esencia de cada pueblo, su razón de ser. Y precisamente de este

aparente enfrentamiento —la misión descubridora de España, el sentido social de Francia, el predominio económico inglés— surge el equilibrio, la armonía que es Europa.

El peligro de hoy está en que las naciones han perdido la conciencia de su misión específica; la salvación de nuestro continente reside, pues, en que cada pueblo sepa representar el papel que le corresponde en la tragedia de Europa. El momento presente no es de hegemonías, sino que exige la conjunción de todos los pueblos. «Ha llegado el momento de la armonía de Europa, de hacer estable el sistema del equilibrio europeo.» En este aspecto se puede considerar la unidad europea como la meta de un largo camino en el que las distintas hegemonías no han representado sino la necesidad que cada pueblo tenía de desarrollarse para adquirir su propia conciencia de nación. Si la hegemonía de uno exigía el silencio de los demás, «la hegemonía de Europa exige la convivencia».

Después de insistir en ello, y desechando la «solución» americana, se enfrenta en la última parte de su libro —«Europa y Rusia»— con el peligro ruso. Algo de original hay en esto cuando lo frecuente es oír hablar de la amenaza comunista. Lo que cuenta para la autora es Rusia, la Rusia que Pedro I quiso europeizar para dominar a Europa. Precisamente ve en esta «negación aparente» de lo ruso —terrible

paradoja de su Historia—, aún más que en la división en clases, la razón de la rebelión de su pueblo, hábilmente aprovechada por los bolcheviques. Conclu-yamos: «La restitución del alma a Eu-

ropa no lo puede hacer Rusia, que en un gesto de sublime generosidad nos impondría el alma rusa.» La nuestra la hemos de encontrar dentro de nuestros propios límites.—P. BRAVO.

HERBERT VON DIRKSEN: *Moskau-Tokio-London. 20 Jahre deutscher Aussenpolitik.* Stuttgart, 1949.

El autor de esta interesante obra, sin pertenecer al número de los que intervinieron de una manera decisiva en la política exterior alemana de los veinte años anteriores a 1945, es una de las personalidades que más de cerca han podido observar su evolución. Pero, además de basarse en un conocimiento excepcional, el libro del que fué embajador del III Reich en Londres al estallar la segunda guerra mundial ofrece todas las ventajas condicionadas por la objetividad absoluta de una personalidad tan íntegra como la de este diplomático, que representó a Alemania en las misiones más opuestas, ya que von Dirksen, cuya especialidad fué durante casi tres lustros la política alemana en la Europa oriental, pasó tras varios años de haber desempeñado el puesto de embajador en Tokio (1933-1938) a sustituir a Ribbentrop en la Embajada de Londres. El interés principal de su libro radica en la exposición de las tendencias de la política exterior alemana, divididas entre Este y Oeste, desde los tiempos de la República de Weimar, en cuyo período Dirksen perteneció a las representaciones diplomáticas alemanas en los países bálticos, Dantzig y Varsovia; dirigió el Departamento de Europa oriental en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín (1925-1928) y desempeñó, finalmente, el cargo de embajador en Moscú, donde permaneció incluso después del advenimiento del nacionalsocialismo (1928-1933) hasta el breve período que duró su misión en Londres (1938-1939). Difícilmente se encontrará exposición más clara de las oscilaciones de la política exterior alemana entre la tendencia oriental, representada durante la República de Weimar por el Tratado de Rapallo, y la occidental, cuyo apogeo fué el Convenio de Locarno. Los mismos problemas siguen vigentes y se repiten

en otra forma en la política exterior del III Reich, dividida entre el programa trazado por *Mi lucha*, con su postulado de una colaboración anglogermana, y la realidad de la alianza de 1939 entre el nacionalsocialismo y los Soviets. Lo que influye decisivamente en esta claridad de exposición es precisamente el hecho de que Dirksen haya fracasado, sin culpa personal, en los dos cargos más importantes de su carrera, ya que su misión en Moscú termina en 1933, con el empeoramiento manifiesto de las relaciones germanorrasas, mientras que la guerra mundial pone fin a su embajada en Londres, pese a la buena voluntad e indudable capacidad diplomática que demostró en el desempeño de ambas funciones. Si algo se echa de menos en esta obra extraordinaria es una decisión clara ante la alternativa formada por las dos tendencias opuestas, aunque la actitud personal del autor no ofrece duda ninguna, como tampoco la ofrece la sinceridad de sus esfuerzos por llegar a última hora a un entendimiento con Inglaterra que hubiera podido evitar la catástrofe.

Resulta muy sugestivo comparar el capítulo dedicado a la actividad diplomática de Dirksen en Londres con el *Fracaso de una misión* de Sir Neville Henderson, embajador británico en Berlín en los mismos momentos críticos. El autor establece un paralelo entre ambos fracasos diplomáticos, insistiendo en una diferencia fundamental: Henderson tuvo en todo momento el apoyo de su Gobierno, mientras que la labor del embajador alemán y sus esfuerzos por el mantenimiento de la paz fueron realizados sin esta colaboración imprescindible, debido a que Hitler y Ribbentrop hacían caso omiso de su propio representante en la capital británica, aferrándose a la idea de que



Inglaterra no entraría en la guerra a pesar de las garantías dadas a Polonia, y abusando incluso deliberadamente de la buena fe de aquél. Esta última afirmación de Dirksen, de cuya veracidad no cabe dudar, justifica, más que el ca-

rácter intrínseco de la función diplomática, nuestro calificativo inicial de la personalidad del autor como «observador», extraño a primera vista en un hombre de actividades políticas tan destacadas.—G. P.

JEAN MARTIN-CHAUFFIER: *Trieste (Libération de la Vénétie Julienne. Conférences de Londres et de Paris. Le problème de l'internationalisation.)* Centre d'Etudes de Politique Etrangère. Paul Hartmann, editeur. Paris, 1947.

Aunque el asunto de Trieste, que en su día mantuvo en suspenso la respiración mundial, haya pasado en la actualidad a un plano secundario, no se le debe restar importancia a este abceso enquistado en el doliente cuerpo de Europa, pero al que sucesos ulteriores pueden devolver su actividad. En efecto, en relación con Trieste, el punto de vista yugoeslavo está demasiado contrapuesto a la fórmula de internacionalización, grata a los anglo-americanos, para que esta solución pueda ser tenida por definitiva, capaz de eliminar todos los choques y acallar todas las reivindicaciones de Yugoslavia. Italia, a su vez, sólo haciendo un sacrificio en el altar de la democracia universal y de la paz permanente, como dijo sin rodeos su Ministro de Asuntos Exteriores, señor De Gasperi, consintió esa internacionalización y no se aferró al mantenimiento de los términos del Tratado de Rapallo «libremente firmado por dos potencias democráticas» antes del advenimiento del nefando fascismo. Esta determinación de posiciones se desprende de los documentos, notas, memoranda, discursos y declaraciones que recoge en su totalidad la obra reseñada, y ponen de manifiesto que el asunto de Trieste entraña aún las circunstancias que son susceptibles de convertirlo oportunamente y de nuevo en manzana de la discordia entre Yugoslavia e Italia. Ello teniendo sobre todo en cuenta que el primer país reivindica Trieste con tanto más empeño cuanto que este puerto es un factor de máxima importancia en el orden económico para todo un sector de la cuenca danubiana, mientras que para Italia es un factor político de control del Adriático. No obstante, el desarrollo posterior de las relaciones de Yugoslavia con Moscú, y por ende

con la cuenca danubiana controlada por ésta, justifica que se haya puesto una sordina al clamoreo del Gobierno de Tito respecto al despojo de que su país había sido víctima con la internacionalización. Es decir, que la situación futura de Trieste dependerá en gran parte de las peripecias de la lucha entre el «titismo» y un soviétismo que se ha desbordado de sus fronteras geográficas.

Con relación, precisamente, al futuro desarrollo del latente asunto de Trieste, la obra de M. Martin-Chauffier es de gran utilidad porque permite el exacto planteamiento de un problema que rebasó del marco de una querrela entre dos naciones para adquirir categoría internacional por el hecho de ser ocupada la Venecia Juliana al mismo tiempo por las tropas de Tito y por las del general Alexander. Con escrupuloso cuidado, M. Martin-Chauffier se ha ceñido a seguir paso a paso el complejo pleito de los roces anglo-yugoeslavos, de las protestas italianas, de las laboriosas negociaciones para lograr un acuerdo difícilmente conseguido al fin en las conferencias de Londres y París, ello a base de todos los documentos oficiales y oficiales, ligados entre sí por un comentario que no tiene otra finalidad que amalgamarlos hasta darles unidad. Tal vez sea esta escrupulosidad minuciosa, científica desde luego, pero fría, la causa de que esta obra adolezca acaso de un defecto que no es posible soslayar: el lector poco avezado en el tema no puede tener perspectiva suficiente para juzgar del conjunto y formarse una opinión personal, dentro del máximo objetivismo, respecto a qué país, si Italia o Yugoslavia, tiene razón en último término más allá de las razones aduci-

das para fundamentar sus pretensiones.

En resumen, se trata de una obra de la que no se puede prescindir si se quiere llevar a cabo un estudio serio del problema de la Venecia Juliana y de Trieste. Pero junto al indiscutible mérito de una gran exactitud en la ex-

posición de los hechos, establecida con documentos, *Trieste*, de M. Martin-Chauffier, carece un poco de esa amenidad y toma de contacto con el lector que son características de las publicaciones francesas de este tipo.—CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA.

PAUL LA GERMONIÈRE: *Le procès de Nüremberg*. Publicité Editions Générales. Lyon, 1946.

Poco más de un folleto —127 páginas—, el autor se limita a señalar las principales incidencias del proceso de Nüremberg, tomadas de los textos oficiales publicados por el Tribunal Militar, sin entrar en un estudio de carácter jurídico sobre el mismo. A lo largo de este resumen del famoso proceso, Germonière revisa los principales cargos

que pesaban sobre los acusados, señalando, como conclusión, la pena impuesta a cada uno de ellos. Más que una obra de carácter científico, se trata de una divulgación de lo acaecido en Nüremberg con fines de propaganda dirigidos al conocimiento del gran público francés.—I. S. T.

ROBERT STRAUZ HUPÉ: *Geopolítica (La lucha por el espacio y el poder)*. Editorial Hermes. Méjico.

Strauz ha escrito un inteligente y sugestivo libro sobre el concepto, historia y problemas de la Geopolítica. En realidad, la Geopolítica viene a reunir en forma científica y sistematizada viejas ideas, cuyas fuentes podemos encontrar en Herodoto, en Estrabón, etc. Es indudable la influencia de la geografía en la marcha del mundo y en sus formas y situaciones políticas. Montesquieu insistió en que la geografía y el clima determinan en forma preponderante la evolución política. Kant reconoce la decisiva influencia del medio geográfico; así podíamos citar numerosas autoridades. Pero el que dió forma y vida a la Geopolítica como concepto y como ciencia fué Friedrich Ratzel, catedrático de Geografía en la Universidad de Munich, fallecido en 1904, muy influenciado por Ernst Haeckel, el más vehemente y popular de los expositores alemanes del materialismo filosófico. El autor nos dice que Ratzel escribió libros que eran verdaderos inventarios de la geografía política del mundo; era un ferviente creyente de su patria. He aquí sus famosas «Siete leyes del expansionismo»: 1. El espacio de los Estados aumenta con el crecimiento de la cul-

tura. 2. El crecimiento de los Estados presenta otros síntomas de desarrollo: ideas, producción comercial, actividad misionera. 3. El crecimiento de los Estados procede por la amalgación y absorción de unidades menores. 4. La frontera es el órgano periférico del Estado, y, como tal, la prueba del crecimiento es la fuerza y los cambios de ese organismo. 5. En su crecimiento, el Estado tiende a incluir secciones políticamente valiosas: líneas de costa, cuencas de río, llanuras, regiones ricas en recursos. 6. El primer impulso para el crecimiento territorial llega al Estado primitivo desde afuera, de una civilización superior. 7. La orientación general hacia la amalgación transmite la tendencia de crecimiento territorial de Estado a Estado y aumenta esta tendencia en el proceso de transmisión.»

Haushofer fué el continuador de Ratzel; se puede decir que él y sus colaboradores fueron los políticos-geógrafos del III Reich, que se inspiraron fundamentalmente en fuentes alemanas para construir su geopolítica y manejarla como instrumento de guerra. Robert Strauz destaca la importancia de estos orígenes y plantea problemas; unos pa-

sados, otros futuros, y siempre interesantes. Por ejemplo: el estudio de la expansión territorial de los Estados en caso de guerra a la luz de las campañas de Napoleón en Rusia y las recientes alemanas en este país. Así la guerra franco-prusiana de 1870. ¿El espacio supone poder? La historia de la segunda guerra mundial no da, cuando menos aparentemente, una respuesta positiva;

ninguna de las pequeñas naciones fué capaz de organizar ni una sombra de resistencia contra los países del Eje. La aparición de los Estados de gran tamaño geográfico y la posible desaparición de las pequeñas soberanías, ¿serán el preludio del orden de un mundo nuevo? La geopolítica puede señalar nuevos caminos relacionados con la política exterior de los Estados.—I. S. T.

LUCIANO DE LA CALZADA: *La proyección del pensamiento de Gregorio VII en los reinos de Castilla y León*. Roma, 1948; 87 págs.

El estudio enunciado, debido a la pluma del decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia, constituye la única colaboración española del volumen tercero de la conocidísima colección «Studi Gregoriani per la Storia di Gregorio VII e de la riforma gregoriana».

Comienza el autor por diseñar las circunstancias generales del siglo XI, componiendo dentro de él la situación de los reinos de León y Castilla, particularmente el antagonismo entre castellanos y leoneses, interpretado como reacción de los primeros ante el conservadurismo exagerado de los segundos: «Se definían dos fuerzas, cuyo equilibrio o desequilibrio serán claves indispensables para entender profundamente toda la Edad Media y aun toda la historia de España.» Un monarca de aspiraciones universalistas como Alfonso VI tropezó con esta hostilidad, a la que no tardó en yuxtaponerse otra fuerza disgregadora, el mozarabismo. Todo el sentido auténticamente nacional y expansivo de Castilla iba a ser necesario para vencer a estas dos fuerzas lógicamente coaligadas. El mozarabismo constituía una fuerza peligrosa, capaz de anular definitivamente la acción re-constructora cristiana, e influyó poderosamente en el Cid, pues su figura humana y sus hechos históricos resultan más comprensibles interpretando a Rodrigo Díaz de Vivar desde el ángulo del mozarabismo que desde el castellanismo, al que tradicionalmente venía sirviendo de expresión y símbolo (página 23). En el apartado que se dedica a Castilla y Alfonso VI precisa el autor que en el reinado de aquel monarca se produjo, como no podía por me-

nos de suceder, la síntesis política de León y Castilla, pero del único modo posible: con la supremacía castellana. Alfonso VI es la figura símbolo y la clave de la transformación política e ideológica del siglo XI. La unión definitiva de los dos reinos con Fernando III fué posible, *sine sanguinis effusione*, gracias a la gigantesca obra de aquél, ajena a exclusivismos ni parcialidades incompatibles con aquel paso hacia el Occidente que España dió en su reinado.

Precisamente cuando Alfonso VI realiza su obra aparece en la Iglesia, como primera figura de ella, Gregorio VII. El Papa, convencido de la necesidad de un poder superior teocrático político, garantía de la unidad y la continuidad, ve la solución lógica en que el poder temporal sea absorbido por el espiritual. Gregorio, a los ocho días de su elección, convoca a todos los príncipes cristianos para combatir contra los musulmanes en España, advirtiéndoles, fiel a su punto de vista, que ese reino pertenece por derecho a San Pedro y que ningún mortal puede disputárselo. A nadie podía ocurrírsele —afirma Calzada— que Gregorio VII pretendía la entrega de los territorios españoles ni que tratara de reivindicar otras soberanías que las puramente espirituales. El pensamiento universal de Gregorio VII y el específico para España, donde la unión ante el enemigo común era indispensable, consistía en el logro de un solo rebaño y un solo pastor capaz de guiar a todos y ser árbitro indiscutible en sus querellas, imponiéndoles la unidad y la paz. Desde este punto de vista hay que ver la rectitud de Alfonso VI ante el Papa. La afirmación co-

múnmente sostenida según la cual el rey protestó ante las reclamaciones de soberanía sobre España, no es exacta; tal actitud por parte del monarca estaría en pugna con el resto de sus actos. Alfonso VI, que se encontraba ante Gregorio VII en una rectitud pareja a la que había tenido Carlo Magno antes de la consagración del 800, podría conseguir la aprobación del Papa para un Imperio peninsular a su política universalista. Esta es la razón por la que fomentó la invasión cluniacense y por la que al conseguir la unidad de sus Estados envió urgentemente mensajeros a Roma para comunicar al Papa que deseaba ver implantado en todo su reino el Oficio Romano. Este anhelo del rey coincidía plenamente con el pensamiento de San Gregorio. La unificación de la cristiandad exigía, no sólo una perfecta unidad dogmática, sino también una liturgia y una disciplina común, que no podía tener en cuenta particularidades nacionales por muy gloriosas que éstas fueran. De este modo Papa y rey estuvieron de acuerdo en conseguir la unidad litúrgica, acabando con el rito mozárabe o toledano. Durante algún tiempo convivieron ambas liturgias, sostenida la toledana por gru-

pos de descontentos, de modo que «casi nació grand contienda entre el Rey e el pueblo, e la clerecía e la caballería, que se tenían en uno contra él». Pero el año de 1078, con un esfuerzo decisivo del rey, venció el rito romano. España quedaba vinculada para siempre a la órbita disciplinaria de la cristiandad.

Dos años más tarde se produce la crisis de las relaciones entre el Papa y el rey. La tensión de las relaciones entre ambos no tiene la gravedad que se ha supuesto. En el fondo no hay sino el recelo del Papa ante el enorme predominio de los cluniacenses en España, que si habían sido los instrumentos de la reforma amenazaban ahora con la creación de un régimen feudal dentro de la Iglesia. Unese a esto el turbio asunto de los amorios extramatrimoniales del rey con una dama cuya identidad quedará, es probable, siempre en la sombra. El Papa amonestó con severidad al rey, conminándole a que abandonase aquella *perditam feminam*. Hubo un período de incertidumbre, que, por fin, condujo a la obediente y espontánea sumisión del rey a los consejos del Papa.—E. TIERNO CALVÁN.

FUNDACIÓN CARNEGIE PARA LA PAZ INTERNACIONAL: *Informe anual*. New York, 1948.

Inicia el contenido de la relación anual correspondiente a 1948 de las actividades de la Fundación Carnegie para la Paz un informe de su presidente en el que resume y enjuicia los esfuerzos de la entidad.

La estructura tradicional de la Fundación consistía en tres departamentos: uno dedicado a Educación y Relaciones, otro de Economía, que investigaba acerca de las causas económicas de la guerra, y un tercero llamado de Historia, cuyos esfuerzos se centraban en la averiguación de los motivos históricos de los conflictos bélicos. En el *report* que comentamos el presidente de la Fundación declara que la historia de las dos guerras mundiales ha puesto en claro que la eliminación de las causas de la guerra supone un conocimiento mayor que el histórico y económico. Se ha observado que las causas que determinan los conflictos armados entre Esta-

dos son extremadamente complejos y que no se puede prescindir, por ejemplo, de la consideración de los efectos de la ciencia a través de la técnica guerrera en las relaciones internacionales.

Esta última, nueva y apremiante problemática, ni histórica ni económica, ha de encauzarse aumentando la actividad y eficacia de la Sección de Educación.

El resto del anuario de la Fundación recoge las distintas actividades de ésta. Son de particular interés las que se refieren a publicaciones. La colección «Classics of International Law», que, como es bien sabido, se publica a expensas de la Fundación, con arreglo al proyecto del que fué secretario de la misma doctor James Brown Scott, se enriquecerá con un volumen más, del que se adelanta una breve noticia. Se trata del libro de Grotius *De Jure proe-dae*, del que no existía traducción a lengua viva si se exceptúa el holandés.

La edición más usada es la latina que, sobre el manuscrito de Grotius, hizo en 1868 el doctor Hamaker. La traducción inglesa que se anuncia estará al cuidado del doctor Gwladys L. Williams, y su aparición se promete para 1949 o 1950.

Descuella entre los demás quehaceres y preocupaciones de la Fundación los

diversos trabajos acerca de la O. N. U. y la ayuda prestada para la investigación de los aspectos básicos de la posible Federación europea.

Un índice de las actividades económicas de la Fundación, una lista de publicaciones y el texto de los Estatutos constituyen la última parte del *Annual Report* que hemos reseñado.—E. T. G.

JOSÉ ZUBIZARRETA GUTIÉRREZ. DR.: *Principios generales de Hacienda pública*. Madrid, 1950; 464 págs. 8.º mayor.

Acaba de publicarse un resumen de teoría financiera bajo el título *Principios generales de Hacienda pública*, que recoge sistemática y ordenadamente el pensamiento del Dr. José Zubizarreta Gutiérrez, expuesto en el curso de sus explicaciones, en la cátedra de la Universidad de Madrid, que regenta desde la jubilación del finado profesor doctor don Vicente Gay.

Tenemos que aplaudir el acierto con que el profesor Zubizarreta consigue alumbrar una obra sencilla, clara, elemental y eminentemente pedagógica, que será, sin duda, utilísima guía de los estudiantes de Hacienda. Subrayamos el valor de la obra como introducción a un estudio profundo de la disciplina, que revela, a través de su ordenada exposición, la clara inteligencia de un pedagogo sirviendo a las necesidades más perentorias del estudiante.

No obstante el tono dogmático y meridiano que preside la obra entera, se

revela, a través de los problemas gallardamente afrontados, el serio y profundo trabajo de una gran documentación bibliográfica, recreada en este magistral resumen y desnuda de la ingenua pedantería de citas abrumadoras.

Atento el autor a su condición de jurista integral y, objetivamente, a la unidad radical de las ciencias sociales, tiene buen cuidado de establecer los infinitos engarces que la Ciencia de la Hacienda mantiene con el Derecho. Fiel a este sentido, dedica una de las primeras lecciones de su obra al estudio de la relación que mantiene la Hacienda con las distintas disciplinas jurídicas e insiste sugestivamente en su visión jurídica de la Hacienda a lo largo de todos los capítulos.

A los méritos absolutos de la obra se une el de ser ésta la primera que con carácter didáctico se publica en España, circunstancia que colaborará a su máxima vulgarización.—M. VILLAR.

F. R. COWELL: *Cicero and the Roman Republic*. London. Sir Isaac Pitman and Sons., etd., 1948; 306 págs.

Un libro acerca de Cicerón despierta aún más la curiosidad, particularmente en estos años, en que desde todos los puntos de vista la crítica histórica vuelve a preocuparse del gran orador. Cicerón, en cuanto filósofo e incluso en cuanto teórico de la política, está aún por esclarecer. Hay una serie de cuestiones que esperan ser resueltas y que hasta tanto lo sean mantendrán al Cicerón auténtico en la penumbra. ¿En qué medida la perspectiva ciceroniana de la política era helénica? ¿En qué medida fué influido por Platón y

Aristóteles? ¿En qué medida supone una reacción ante las escuelas menores? Y por último, ¿en qué medida fué un pensador original?

Aunque existe ya un aparato erudito que permite el acceso desde puntos de vista nuevos a estas cuestiones, que en el fondo constituirían la problemática del historicismo decimonónico, el libro de Cowell, desentendiéndose por completo de toda cuestión profunda, expone desde fuera una época de la historia de Roma en la que Cicerón desempeñó un papel de suma importancia.

por lo que la referencia frecuente a sus obras es inexcusable. En puridad, el libro de Cowell es una obra divulgadora de la situación del Estado romano el siglo I a. de J., sin que en el transcurso del libro se justifique en ningún caso lo que el título del mismo —*Cicerón y la República romana*— sugiere.

La obra de Cowell tiene un carácter divulgador y positivo, y desde este punto de vista haremos una breve reseña de su contenido, olvidándonos de las escasas e ingenuas generalizaciones que en ella aparecen, tales como considerar a Cicerón un mártir de la oposición a la dictadura (prefacio).

Después de dos capítulos dedicados al predominio romano en Italia y en el Mediterráneo, que constituyen un resumen histórico de la expansión de la primitiva ciudad-Estado, comienzan los capítulos dedicados a exponer las bases económicas, políticas y sociales del Estado romano.

El agro romano, la industria, el comercio, la moneda y las comunicaciones se exponen en dos capítulos, concediendo mayor amplitud a las cuestiones políticas y sociales, a las que se dedica el resto del libro. La República romana y el Senado, el pueblo romano y las asambleas populares, la ma-

gistratura y la religión oficial componen el panorama político institucional de Roma que Cowell describe. Cada capítulo es un resumen en el que se expone con sencillez y claridad el funcionamiento de las instituciones.

La segunda parte del libro está, a mi juicio, claramente perfilada en el capítulo IX («The Government of the Roman Republic as a Working Concern»), a partir del cual se estudia, no las instituciones, sino la política en cuanto quehacer de las personas o de las clases. Un capítulo se dedica a la felicidad pública y la ambición privada, otros a los caudillos famosos de Roma, a la guerra entre Pompeyo y César, a la tradición republicana, la aristocracia, etc.

Los tres últimos capítulos tienen un carácter más amplio, pues abarcan la vida cultural, la decadencia de la vida social y la generalidad del pueblo. El libro es rico en fotograbados, estadísticas, gráficos y mapas. Precisamente este procedimiento de acceso a la Historia trivializa, sin duda por su excesiva simplicidad, el contenido de la obra de Cowell, dándole un sentido artificioso y popular.

La bibliografía con que el libro concluye es por completo insuficiente.—E. T. G.

PAUL CHOMBART DE LAUWE, PIERRE CROCHET, PIERRE MARTHELOT, MARCEL GRIAULE, MICHEL PARENT, CHARLES MORAZE, GEORGE SCHLIEGER: *La découverte aérienne du monde. Horizons de France*. París, 1949; 413 págs., 300 láms.

Este libro es la primera obra sistemática que ensaya el establecimiento de leyes científicas generales utilizando las nuevas aportaciones de las técnicas aéreas. Sus autores han aprovechado en Francia todo lo realizado por el Instituto Geográfico Nacional, el Centro de la Investigación Científica, el Museo de Planos en Relieve, el Ejército del Aire, la Sociedad de Geografía, etc. Y en otros países, la labor de la Aerofilm: Ltd. estadounidense, el British Museum, los servicios especiales fotográficos geográficos de Canadá, Italia, Suiza, Holanda, Australia y Dinamarca. Tanta abundancia de fuentes y material se explica teniendo en cuenta que se trata nada menos que de presentar el cuadro es-

quemático y la metodología de una nueva ciencia, o sea de la «Geografía aérea».

Al comenzar el uso de los aviones para explorar e investigar, sus primeros objetivos fueron la facilidad y seguridad de los vuelos, por lo cual se comenzó por desarrollar la meteorología, a la vez que volando se completaba el conocimiento de las posibilidades de los aparatos y el medio en que operaban. Después vino una segunda etapa, que fué utilizar los aviones como auxiliares de la exploración por vía terrestre en sitios de difícil acceso (los Polos, gran parte de Siberia, las selvas del Congo, Venezuela, Indonesia, etc.). Cuando con estas finalidades primitivas se comenzó

Para obtener material fotográfico, hubo ya buenos resultados, que aun no eran ciencia nueva, pero ya eran novedades sensoriales. El primero fué poder sustituir el esquematismo lineal de los mapas por el cuadro entero del paisaje, y cuyas líneas y masas retratadas adquieren así su significación viva y permiten un análisis «de bulto» de todos sus elementos. El segundo resultado era sintético, y consistía en que sólo la visión y fotografía aéreas permitían la observación de los fenómenos que se desarrollan en un cuadro demasiado vasto para ser abarcado a simple vista.

Así se han adquirido materiales para la tarea científica, que ahora se hace en dos sentidos: intensivo y extensivo. El primero es fotografiar un mismo paisaje verticalmente desde distintas alturas. Por ejemplo, desde 10.000 metros se precisa en relieve el mapa de unas islas como Mallorca o una cuenca entera fluvial; a 2.000 metros se ven ciudades en planos enteros; a unos cientos, y en visión oblicua, se obtienen verdaderas maquetas de pueblos y monumentos. Lo extenso es valerse de aviones normales, autogiros, cohetes con aparatos tomavistas, dispositivos de radar, etc., para obtener conjuntos enormes, por yuxtaposición de miles de fotos tomando un desierto o región entera, e incluso fotos que recogen la redondez de la Tierra en vistas de horizontes curvos.

Aplicado todo esto a la Geografía física, las posibilidades son incalculables, y la mayor parte las detalla el libro reseñado en su abundancia de grandes ilustraciones. Pero aquí es necesario destacar con más empeño las aplicaciones de la Geografía aérea al estudio de las ciencias políticas y económicas.

En lo político y lo sociológico se recuerda la importancia que muchas teorías han dado al estudio del medio ambiente para explicar la evolución de un país determinado, y ese medio ambiente sólo desde el aire puede determinarse exactamente, comparando los trazados de cultivos, contornos y pobla-

ciones, de edificios punteos, comunicaciones, etc. En el campo se ve el modo de adaptarse al suelo y permite corregirlo. En las ciudades ayuda a trazar planos completos de modificaciones urbanísticas, repartiendo mejor la población de zonas industriales o superpobladas. Y respecto al estudio de formas políticas desaparecidas, la Geografía aérea ayuda a descubrir conjuntos de ciudades en ruinas, restos de zonas que fueron de riegos artificiales, murallas, trozos de puertos hundidos, etc.

En lo económico la nueva Geografía permite los cambios más radicales y las realizaciones más importantes. Gracias a ella han conseguido los holandeses el reciente desecamiento del Zuyderzee, y en otros sitios se prepara la construcción de puertos, aeródromos, presas, planes de repoblación forestal, lucha contra erosiones de los suelos, lucha contra langostas y avance de arenas. Se completa y revisa el Catastro. Se encuentran en las selvas las zonas maderables y en otros sitios zonas petrolíferas por ciertas formas del relieve. Por último, permite que en Asia central, Bolivia, Colombia y Alaska se pongan en explotación zonas de difícil o imposible acceso terrestre.

Políticas y económicas a la vez pudieran considerarse las facilidades para modificar las estructuras agrarias de explotación, y, por tanto, la vida social que de ellas depende, sea por redistribución de tierras de acuerdo con las condiciones de conjunto, sea por mejora técnica.

De todo ello quiere sacar la obra *La découverte aérienne du monde* ciertas consecuencias, como la afirmación de que los descubrimientos aéreos nos hacen percibir mejor el sitio del hombre en la Tierra y hacen sentir más el deseo de afirmar la unidad de destinos humana. Pero aun dejando al margen estas especulaciones, el nuevo procedimiento de estudio geográfico tiene siempre el interés directo de ser una inesperada metodología.—R. G. BENUMEYA.

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL: *José Antonio* (biografía). Madrid, 1949. Segunda edición, 876 págs.

A los diez años de haberse publicado —y agotado— esta biografía, he aquí una segunda edición. El texto no ha experimentado un solo retoque. Del título desaparece el adjetivo «apasionada» con que el autor creyó oportuno definir y calificar «su» biografía de José Antonio Primo de Rivera. Pero la edición actual trae algunas notas aclaratorias sobre puntos y situaciones oscuros en la etopeya joseantoniana, que Raimundo Fernández Cuesta expuso en carta particular al biógrafo. De la docena de rectificaciones que Raimundo Fernández Cuesta trae al texto primitivo de esta biografía hay que resaltar su exactitud. Quien escribe esta noticia bibliográfica es testigo, por suerte, de cuatro de esas situaciones rectificadas, y puede expresar su satisfacción —y asombro a la vez ante la rigurosa retentiva del primer secretario de la Falange— por la manera puntual como *da fe* de los hechos Raimundo Fernández Cuesta.

Esta biografía de José Antonio es, hasta ahora, lo más completo que sobre el fundador de la Falange se ha escrito. No deja de prestarse a consideraciones el hecho insólito de que sobre un héroe del porte de José Antonio Primo de Rivera, ya desaparecido y con obra de grave responsabilidad histórica en su labor, todavía esté por trazar el estudio valorativo que la concierne. Aun admitiendo lo mucho bueno que esta biografía encierra, nos parece esbozo solamente de lo que cabe hacer. La misma peripecia vital de José Antonio exige análisis y adveración más rigurosos. Hay en estas páginas enfoques con exceso subjetivos, que piden ser desplegados en ancho campo de objetividad y contrastados críticamente. La pugna y escisión entre José Antonio y Ramiro —que tuvo, no se olvide, un final de concordia— requiere tratamiento más complejo, con más testimonios y documentos que aclaren aquella encrucijada. Es de notar que tres años escasos —no fué mayor el lapso de tiempo— de actuación política y doctrinaria en José Antonio son plazo muy breve para enjuiciar roces de índole circunstancial o personal, que seguramente el transcurso de los días y la experiencia acumu-

lada habrían eliminado. Conviene insistir en el carácter esencialmente *noble* y *generoso* de José Antonio, que era capaz de proselitismos entrañables entre sus mismos antagonistas.

Acaso la verdadera etopeya de José Antonio no la podrá hacer ninguno de los que le trataron, por impedirsele su propia condición de «agonistas» de un mismo empeño en la misma hora histórica. Metidos dentro del «bosque» de aquella etapa política, la perspectiva se acorta en redondo. Pero no sucederá así con los que ya ven aquel «bosque» desde la lejanía que los años han interpuesto. En la juventud letrada de ahora existe la posibilidad de que surja el gran estudio sobre la persona y la obra de José Antonio en todas sus implicaciones y consecuencias. Las grandes figuras humanas se ven más abarcadoramente desde la distancia. Acontece con ellas como con las montañas: hay que contemplarlas en función de horizonte.

En un punto concreto de esta biografía queremos deponer nuestra versión; es aquella concentración celebrada allá por la primavera del año 34 en Cuatro Vientos, aeródromo de Extremera. Ximénez de Sandoval echa de menos el texto o resumen de lo que José Antonio dijo a las centurias allí reunidas. Por fortuna se halló allí el que esto escribe, y guarda entre sus papeles nota de aquella arenga, que fué brevísima. La tomé casi literalmente, haciendo mi oficio de periodista en ciernes. He aquí sus frases principales: «Camaradas: Ya somos más que aquel puñado de héroes con que Cortés conquistó Méjico; ya somos más que la exigua mesnada que siguió a Pizarro camino del Perú; con que cada uno de nosotros sea digno de cada uno de aquellos bravos abuelos, podremos conquistar muy pronto la Patria.» Después hizo una referencia muy sucinta al momento político y concluyó.

Pero en José Antonio, como en todo héroe político, importa más su obra que su persona y humana prosopografía. El lado manco de esta biografía es ese: no dar sino en escorzos la contextura ideológica de José Antonio. Su proeza»



fué traer a vivencia de los españoles un sentido nuevo de España y de la historia de España. Hasta ahora nos hemos prendido parasitariamente a la letra de

su pensamiento. Ha llegado ya la sazón de interpretar el *espíritu* que está bajo la letra y bajo la piel de la peripecia personal.—B. MOSTAZA.

ANGEL OSSORIO Y GALLARDO: *Mis memorias*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1946; 259 págs.

A los varios años de su publicación y a largos meses de su muerte, acaecida en la Argentina, llegan a nosotros las memorias del que fué notable abogado —sería ocioso negar esto— y revolucionario, pese a su disfraz de conservador, don Angel Ossorio y Gallardo.

Desde la cuna al exilio, nos va llevando Ossorio de la mano a través de toda una vida en que se olvida demasiado pronto del éxito noble logrado en el foro para seguir el de una política que si iniciada bajo un signo de nobleza, pronto se trocaría por otra en que para nada ni por nada contaría aquélla.

De un Madrid sencillo y aburguesado, sin prisas y casi sin sucesos, vamos caminando hacia otro cargado de tristezas y horrores, de cosas que el mejor nombre que pueden recibir es el de crímenes. De crímenes a los que el señor Ossorio y Gallardo, él siempre tan amante del Derecho, no supo poner su veto. No sólo no supo ponerse, sino que no dudó en representarlos, en representar a los que los cometían ante varios países extranjeros.

Si los libros de memorias exigen, y ya lo hemos dicho en otras ocasiones, la sinceridad como primera de sus normas, ya hay un fallo y grave en las del señor Ossorio.

En la lectura de éstas el hombre español, sin ser muy viejo, sin pasar siquiera muchos años de la treintena, podrá ver la ocultación de innumerables cosas. Cosas que se ocultan como tras un telón de acero o en otros casos a las que se pone, no ya una pasión, que podría ser disculpable, sino un tinte de mentira, de desvirtuación de los hechos. En este libro han desaparecido por completo de un modo total y absoluto ciertas normas éticas que nunca se habían perdido.

Hay muchas cosas interesantes de anotar en el libro de Ossorio y Gallardo.

Una de las primeras es lo que se refiere a sus ideas políticas y a su filiación de este género. Curiosa, bien puede decirse divertida evolución en la cuerda floja, para acabar poniendo de relieve que «mis ideas son las mismas que iluminaron mi primera juventud». Realmente no puede negarse que es gracioso decir que se es «monárquico sin rey al servicio de la República» cuando primero se había contribuido a tirar a la monarquía, cuando más tarde se era embajador del Soviet español. Pero, en fin, es ésta evolución que hemos visto y vemos a diario por el mundo para que ahora vayamos a asombrarnos.

En el terreno de lo que pudiera ser poco conocido de la política interna española del siglo presente, don Angel Ossorio no hace revelación alguna de interés; no hay sucesos descubiertos del misterio que sobre ellos caía, ni siquiera anécdotas graciosas o picantes. Todo el material de las *Memorias* de Ossorio es algo ya muy del dominio del público y más aún de los que gustan de los libros de política, más aún para los que leyeron la edición argentina de *La España de mi vida*, del mismo autor.

Si muchos de los botones de muestra para colocar un marbete comunista en el escaño parlamentario de Ossorio y Gallardo, no es el menor enjuiciar de antiespañoles a los que se pusieron al frente de lo que él llama «traición a la República». ¡Qué curioso modo de analizar y enjuiciar estas palabras! No lo es menos calificar a M. Spaak, el santón belga del socialismo y la masonería, como a un «socialista tan adornado de las cualidades socialistas como yo de una misión apostólica en la Indochina». Y anotemos como síntoma que prueba el odio de Spaak por España —no por ésta ni por aquéllas— que «era todo desvío y menosprecio para España». Como tampoco deja lugar a

dudas cuando dice, analizando su embajada en París, «la conducta miserable de León Blum».

Memorias sin sinceridad y con falta de noble pasión las de Ossorio. Memorias sin interés, sin anécdotas y con

muy pocas cosas que no se conocieran. Memorias, en una palabra, cargadas de sectarismo y de todos esos lugares comunes de la política social comunista que no hay que tener mucho en cuenta.—J. S.

WEYGAND: *Mémoires. Rappelé au Service*. Flammarion. París, 1950; 598 págs. y varios croquis.

Libro esperado ansiosamente por los que han seguido la serie importante: la de los Gamelin, de los Eisenhower y Montgomery, de los Badoglio y De Guingand y de los Churchill (en su parte publicada), y cuyo interés es grande, si bien a base de una cierta decepción en todo cuanto se refiere a aclaración de las ideas que salvaron o acabaron de hundir a la República francesa.

La obra se compone de cuatro partes, que se refieren, sucesivamente, a la misión en el Oriente Próximo que el general Weygand desempeñó en 1939, antes de estallar la Guerra Grande y en sus comienzos; al mando que tuvo de los ejércitos de Francia desde que empezó el derrumbamiento hasta que fué acordado el armisticio; a los tres meses posteriores, en que el ilustre jefe estuvo en el Gobierno, a las órdenes del mariscal Pétain, y, en fin, a su misión en África y a las mil vicisitudes que este servicio originó.

Analizarlo todo sería cosa larga. No hay espacio en tan corta recensión para ello. Y por esta causa me limito a presentar algunos comentarios sobre el mando de los ejércitos franceses durante la batalla de Flandes, la del Somme y el Aisne y la retirada general.

En primer lugar es necesario reconocer que Weygand aceptó en precario el mando que se le ofrecía. Gamelin, su antecesor, en la obra suya, pone de relieve su difícil situación en relación a Georges. La postura de este último se hallaba definida: era el jefe de los ejércitos que operaban en territorio francés. Pero ni Gamelin ni Weygand supieron claramente a qué atenerse. El segundo fué nombrado jefe absoluto de todos los ejércitos franceses; mas como quiera que existía un problema fundamental, del cual era imposible desli-

garse, y este problema consistía en soportar el peso de la invasión de Francia, le ocurrió, como a su propio antecesor, que acabó mandando directamente los ejércitos encargados de contener al enemigo cada vez que esto se hacía necesario. Dice, en efecto, que él mismo compartía con Georges la gran responsabilidad de las operaciones en territorio francés, lo que supone intervenir concretamente en los planes de operaciones y en su propia ejecución.

Hay más. La labor citada era imposible de llevar a cabo. La idiosincrasia especial del general Weygand le llevó a quedar subordinado en forma absoluta al Gobierno de la República. No sólo daba cuenta y consultaba con detalle diariamente al Presidente del Consejo, sino que aun lo hacía a hora prefijada por el mismo y teniendo que realizar a dicho efecto una larga serie de desplazamientos. El general Weygand se hallaba desligado de las operaciones militares durante todo el tiempo que duraba su recorrido de ida y vuelta entre su puesto de mando y la Presidencia del Consejo, y de resultas, no disponía del tiempo necesario para visitar frecuentemente a los generales que mandaban sus diferentes grupos de ejércitos. Sólo en casos muy excepcionales tomó contacto con los citados, y uno de estos casos fué aquel en que Lord Gort y el rey Leopoldo se hallaron en situación difícil y en cierto modo desligados de su propio mando, que era francés. Weygand en esos días comprendió que su espléndido proyecto de contraataque Norte a Sur, destinado a contener la marcha de las divisiones mecanizadas alemanas, se venía a tierra. Marchó en avión. Llegó a un campo que estaba ya desierto y, carretera adelante, buscó un teléfono para enlazarse con Bilotte, y aún regresó a París por

via marítima sin haber establecido su contacto en forma debida.

Churchill influyó sobre el repliegue cuando él aún no pensaba en semejante eventualidad. No en vano no pudo hallar a Gort cuando lo buscó por todo Flandes. No es extraño, pues, que el contraataque fracasara, y aún es menos extraño que la línea establecida sobre el Somme fuera muy débil y estuviera de antemano condenada a un desastre casi absoluto.

Durante la hecatombe Weygand prosigue su misma táctica de mando. Su libro da la impresión de que estuvo siempre esclavo de las llamadas del Gobierno. En Briare, paseo arriba y paseo abajo, esperaba las pequeñas decisiones de su ministro y de su presidente. En Tours estuvo varias veces, siempre llamado urgentemente, y días después pasó dos noches en el tren para asistir a una reunión que ya estaba terminada cuando él llegó.

Weygand da a entender que fué el máximo hacedor del armisticio. Pero hace resaltar la diferencia fundamental que existe entre ese acto hélico y la capitulación. Baraja el honor de Francia y el de las banderas de su ejército, a fin de demostrar que ambas quedaron salvas y que el armisticio originó grandes ventajas para el país en cuanto se refiere a economía y a su futura liberación.

El libro de Weygand deja un sabor amargo. En él expresa su continua y bien conocida admiración por el que fué su jefe en 1914-18, pero lejos de seguir el verdadero ejemplo del mariscal Fernando Foch, se mantuvo en su antiguo puesto. No llegó a la cumbre como aquél. Siguió siendo un simple jefe de Estado Mayor. Pero en vez de serlo, como en la G. M. I, de un mariscal de Francia, lo fué esta vez de un político que no ejercía el mando de los ejércitos.—C. MARTÍNEZ DE CAMPOS.

